

SIN TI NO HAY HISTORIA

IMAGINA

MIL Y UNA FANFICTION

ANNA TODD

DOENESEYA BATES

KEVIN FANNING

BLAIR HOLDEN

KORA HUDDLES

KATARINA E. TONKS

y otras estrellas de **wattpad**

 Planeta

IMAGINA

Anna Todd

Leigh Ansell, Rachel Aukes, Doeneseya Bates,
Scarlett Drake, A. Evansley, Kevin Fanning, Ariana Godoy,
Debra Goelz, Bella Higgin, Blair Holden, Kora Huddles,
Annelie Lange, E. Latimer, Bryony Leah, Jordan Lynde,
Laiza Millan, Peyton Novak, C. M. Peters,
Michelle Jo Quinn, Dmitri Ragano, Elizabeth A. Seibert,
Rebecca Sky, Karim Soliman, Kate J. Squires, Steffanie Tan,
Kassandra Tate, Katarina E. Tonks, Marcella Uva,
Tango Walker, Bel Watson, Jen Wilde y Ashley Winters

Autores de **wattpad**

Traducción de Vicky Charques,
Marisa Rodríguez y Andrea Peñalver

Título original: *Imagines: Celebrity Encounters Starring You*

© WP Technology, Inc., 2016

Los autores están representados por Wattpad

© por la traducción, Traducciones Imposibles, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 101: *Suedehead*, © 1988 Sire Records. Marketed by Rhino Entertainment Company, a Warner Music Group Company, interpretada por Morrissey.

Página 146: *Bob to the Top*, © 2006 Walt Disney Records, interpretada por Ryan&Sharapay en High School Musical.

Página 148: *Start of Something New*, © 2006 Walt Disney Records, interpretada por Varios Artistas en High School Musical.

Página 148 y 153 *Breaking Free*, © 2006 Walt Disney Records, interpretada por Vanessa Hudgens & Troy en High School Musical.

Página 196: *La Macarena*, © 1996 Serdisco, interpretada por Los del Río

Página 232: *Today Was a Fairtale*, © 2009 Big Machine Records, LLC, interpretada por Taylor Swift.

Página 355: *Stitches*, © 2015 Island Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Shawn Mendes.

Página 363: *Something Big*, © 2014 Island Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Shawn Mendes.

Página 387: *Carry On Wayward Son*. © 1974, 1975, 1976, 1977, 1980, 1982, 1983, 1999 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Kansas.

Página 536: *Run This Town*, © 2010 Roc-A-Fella Records, LLC, interpretada por Kanye West.

Página 560: *Friday I'm in Love*, © 1993 Fiction Records Ltd., interpretada por The Cure.

Página 568: *Claro de luna*, © 2012 Marcelo Podmoguilnye, interpretada por Marcelo Podmoguilnye.

Página 609: *I Will Always Love You*, © 2012 RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Whitney Houston

Página 615: *Confident*, © 2015 Hollywood Records, Inc. & Island Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Demi Lovato.

Página 711: *No Control*, © 2014 Simco Limited under exclusive license to Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por One Direction.

Primera edición: abril de 2017

ISBN: 978-84-08-16941-3

Depósito legal: B. 3231-2017

Composición: Víctor Iguar, S. L.

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

| | |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>Hacerse selfies y derrocar al patriarcado</i> con <i>Kim Kardashian</i> de Kevin Fanning | 9 |
| <i>Superhéroe en espera</i> de Annelie Lange | 69 |
| <i>Técnica</i> de Anna Todd | 100 |
| <i>Especial décimo aniversario</i> de Blair Holden | 142 |
| <i>Ser la señora Reedus</i> de Bella Higgin | 154 |
| <i>Salir de la mansión Ashwood</i> de Marcella Uva | 174 |
| <i>La mejor noche del mundo</i> de Jen Wilde | 194 |
| <i>La que se largó</i> de Ariana Godoy | 206 |
| <i>Chúpate ésa, Eve</i> de Rebecca Sky | 219 |
| <i>Una amiga inesperada</i> de Anna Todd | 239 |
| <i>Fuera de combate</i> de Katarina E. Tonks | 251 |
| <i>Un viernes cualquiera</i> de Scarlett Drake | 317 |
| <i>Tu mejor amigo</i> de Peyton Novak | 332 |
| <i>Que gane el mejor equipo</i> de C. M. Peters | 342 |
| <i>Feliz cumpleaños</i> de Ashley Winters | 357 |
| <i>La academia de baile de Channing Tatum</i> de Bryony Leah | 367 |
| <i>Una cosa sobrenatural</i> de E. Latimer | 388 |
| <i>No todo es lo que parece</i> de Karim Soliman | 409 |
| <i>El rastreador</i> de Rachel Aukes | 424 |
| <i>Redirección</i> de Debra Goelz | 439 |
| <i>Debe de ser magia</i> de Steffanie Tan | 455 |

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>Una nueva conexión</i> de Leigh Ansell | 474 |
| <i>Tu crisis de identidad de Bourne</i> de Dmitri Ragano | 485 |
| <i>El beso del invierno</i> de Michelle Jo Quinn | 503 |
| <i>Inesperadamente</i> de Tango Walker | 519 |
| <i>Kimergencia presidencial</i> de Kate J. Squires | 534 |
| <i>Su corazón inglés</i> de Kora Huddles | 545 |
| <i>Din y Crash</i> de Laiza Millan | 616 |
| <i>Esta noche en «The Tonight Show», Jimmy Fallon y tú</i> de Elizabeth A. Seibert | 630 |
| <i>Michael Clifford te lleva al baile</i> de Cassandra Tate | 649 |
| <i>Una vez al Ian</i> de Jordan Lynde | 667 |
| <i>Ficción con personas reales</i> de A. Evansley | 677 |
| <i>Una impresión inolvidable</i> de Bel Watson | 701 |
| <i>Que el corazón te guíe</i> de Doeneseya Bates | 714 |
| | |
| Sobre los autores | 771 |

Hacerse *selfies* y derrocar al patriarcado con Kim Kardashian

KEVIN FANNING

Imagina...

Que Kim Kardashian acaba de publicar un *selfie*, y tu novio está furioso por ello.

Estabais en plena conversación cuando, de repente, su estado de ánimo ha cambiado. Bueno, en realidad, estabais a punto de estar en plena conversación. Estabais calentando motores para iniciar la conversación. Y ahora, el *selfie* de Kim lo ha fastidiado todo.

Tu novio acababa de llegar a casa de su complicado y estresante trabajo como agente del gobierno, y es una de tus raras noches libres de tu trabajo en Best Buy. Le has estado insinuando que quizá estaría bien salir. Hace mucho que no te saca en plan cita de verdad. Lleváis juntos un tiempo y estáis empezando a acomodaros. En el buen sentido..., pero también en ese sentido que no está bien al ciento por ciento. No sabes muy bien cómo sacar el tema, pero estás comenzando a sentir, ligeramente, que te da por sentado. ¡No es que no lo quieras! Lo adoras. Y estás convencida de que él te quiere. Detestas sentir que necesitas tener esta conversación con él. Sabes que su trabajo

es estresante. Es muy probable que todo esté bien entre vosotros y estés viendo problemas donde no los hay.

Pero, además, te mueres por dentro de pensar en pasar otra noche sin hacer nada más que quedarte dormida sobre su hombro delante del televisor. No quieres aburrirte, aunque, sobre todo, no quieres que piense que eres aburrida. Sin embargo, estás tan aburrida, frustrada y agobiada que tal vez no sea sólo por él. Aunque todavía no estás preparada para pensar en eso.

Has decidido sacar el tema. Dices cordialmente, con tono de curiosidad, sin juzgar:

—Bueno, ¿quieres que hagamos algo esta noche?

Una manera muy fácil e inocente de entrar en la conversación. Limitándote a sacar el tema.

Está mirando el móvil, casi con seguridad correos del trabajo, aunque acaba de volver de trabajar. Está obsesionado. No, obsesionado no, entregado. Tremendamente centrado en él. Es algo que te gusta de él. Pero formulas la pregunta y parece que captas su atención, que está a punto de dejar el teléfono y mirarte, de mirarte de verdad, y a punto de tener esta conversación contigo, pero desliza el dedo sobre algo en la pantalla y ve algo que le hace cambiar de inmediato el gesto. Un escalofrío desciende por todo tu cuerpo. Agarra el móvil con más fuerza, tanta que se le ponen blancos los nudillos. Ya no está mirando el teléfono, sino a través de él, a algún objeto distante que de repente se ha convertido en el centro de toda su atención.

Ya no está ahí en la habitación contigo. De pronto estás mirándolo desde un punto muy muy lejano. Y enseguida sabes que no vais a salir esta noche.

—¿Qué pasa? —preguntas—. ¿Algo va mal?

Tu novio inspira hondo. Algo parpadea justo debajo de la piel de su mandíbula. Por fin, cierra los ojos y apaga la pantalla del móvil.

—Ha. Publicado. Otro. *Selfie* —dice, escupiendo cada sílaba.

Y sabes perfectamente a quién se refiere. Sólo podría estar refiriéndose a una persona, porque sólo una mujer se atreve a seguir publicando *selfies*.

Alargas la mano para que tu novio te pase el móvil. Quieres verlo por ti misma. Sabes que no deberías, pero es como un accidente, algo que te ves obligada a mirar, a experimentar en primera persona.

Coges el teléfono de la mano de tu novio, pero entonces sale de su estado de desconcierto y vuelve a la vida.

—Espera, no, ¡no deberías verlo! —dice preocupado.

Y sabes que tiene razón, pero miras de todos modos.

Kim Kardashian ha publicado un *selfie*. En él aparece mirando a la cámara, mirándote a ti, segura de sí misma, desafiante, casi feliz. Va perfectamente maquillada, con una piel radiante, como si estuviese iluminada desde dentro. Tiene el cabello liso, negro y brillante, como un gato que desaparece en la noche. Su sonrisa es leve, con los labios un poco entreabiertos, pero algo en su mirada te indica que se está divirtiendo. Que disfruta haciendo esto.

El pie de foto dice: «¡Mis más sinceras disculpas a mis *haters* por este *selfie* perfecto! ¡No hay ninguna ley que prohíba quererse a una misma!».

Miras la foto y sientes algo dentro de ti. Algo frenético y salvaje que desgarrar las paredes de una minúscula cámara situada en algún lugar profundo de tu corazón. El *selfie* de Kim le va a fastidiar la noche a tu novio, y, por

extensión, a ti. Sientes un dolor, una especie de pánico en tu interior. Debe de ser ira. Rabia contra esta mujer que actúa como no debe, de un modo que te afecta. ¿No? ¿Qué otra cosa va a ser si no?

Le devuelves el móvil a tu novio. Te está observando con detenimiento, aguardando tu reacción.

—¿Por qué sigue haciéndolo? —preguntas—. Sabe que los *selfies* son ilegales.

—No lo sé —responde tu novio, y continúa, más alto y más frustrado—: ¡No lo sé! —Se vuelve—. Lo siento. No debería dejar que me afectase. Y no debería dejar que lo vieras. Ojalá pudiera hacer más al respecto.

—Ya estás haciendo mucho —dices, y le masajeas el hombro para deshacer el nudo de tensión de sus músculos—. Eres uno de los mejores agentes del gobierno. Ya has capturado a muchas celebridades por hacerse *selfies*. Lindsay Lohan, Rihanna, Willow Smith, Chrissy Teigen, Ariana Grande... Todas están entre rejas gracias a ti.

—No es suficiente —dice, con la mirada en lontananza—. Hasta que atrapemos a Kim Kardashian no será suficiente.

—La atraparás —dices.

Oyes tus palabras y casi puedes ver cómo salen de tu boca, flotando como extrañas burbujas. ¿Te las crees de verdad? Eso da igual. Tienes que animar a tu novio. Sus sentimientos son lo más importante.

—Es la criminal más buscada del país —añades—. Acabaréis capturándola.

El sol se está poniendo. El cielo se está tornando ligeramente gris, del mismo color que los ojos de tu novio. Esperabas ver una peli esta noche. Hay una nueva de

Matt Damon sobre un hombre que tiene que superar ciertos obstáculos. Dicen que es muy buena y que va a ganar premios.

Pero no pasa nada. Tienes que cuidar de tu novio. Aquí es donde tienes que estar.

El gobierno, y en concreto los hombres a su cargo, consideraba que la gente pasaba demasiado tiempo pegada a sus móviles, demasiado tiempo haciéndose *selfies*, demasiado tiempo pensando en su aspecto físico. Dijeron que era raro y perjudicial para la salud que la gente estuviese constantemente haciéndose fotos a sí misma. Dijeron que daba una mala imagen de nosotros como nación. Dijeron que era un peligro, un problema de seguridad. Dijeron que deberíamos centrarnos en otras cosas más importantes. No especificaron qué podrían ser esas otras cosas más importantes.

El gobierno ya había tomado tantas decisiones sobre lo que las mujeres podían o no podían hacer con sus cuerpos que, al final, ésta era sólo una más de ellas. La ley que dictaba que los *selfies* eran ilegales ni siquiera tenía su propio artículo. No era más que un elemento añadido a un artículo más largo que acababa con muchos otros derechos.

Es cierto que en éste no se especificaba ningún sexo concreto, pero afectaba de forma exclusivamente a las mujeres. A los hombres nunca se les había dado bien lo de los *selfies*. ¿Qué más les daba si eran ilegales o no? En realidad, fue un alivio para ellos: una cosa menos que se les daba fatal.

Al principio, las mujeres siguieron haciéndose *selfies*. Nadie creyó que ésa pudiera ser una ley real. ¿En serio iban a imponer algo así? Pero entonces se prohibieron las cámaras frontales en los móviles. El gobierno decía que los coches tenían que cumplir ciertas medidas de seguridad con el fin de ser seguros para el uso público, de modo que los móviles también. Las cámaras frontales eran una amenaza demasiado grande. Animaban a la gente a mirar hacia dentro en lugar de hacia fuera, y eso no estaba bien.

Después crearon un cuerpo especial que empezó a perseguir a las famosas más destacadas hasta atraparlas que se hacían *selfies* y encarcelarlas.

Todo el mundo recordaba los vídeos de Kylie Jenner y cómo la idea de no poder seguir haciéndose *selfies* la había vuelto completamente loca. La furia emanaba de sus diabólicos ojos mientras se la llevaban, sacudiéndose, pateando y gritando, de la sala del tribunal al hospital psiquiátrico.

Después de que encerraran a Kylie, su hermana Kendall desapareció y se la dio por muerta. No estaba claro si su hipotética muerte fue accidental o no, ya que nunca hallaron el cuerpo. Pero una nota que encontraron en su apartamento decía que, con su hermana presa y si ya no podía hacerse *selfies*, no tenía motivos para seguir viviendo.

Los medios de comunicación y el gobierno le dieron la vuelta a la historia, como de costumbre. «¿Veis? —dijo el gobierno—. Si los *selfies* hacen que la gente se comporte así, hemos hecho bien en ilegalizarlos.»

Conforme el cuerpo especial fue atrapando a más famosos, la gente corriente cada vez tenía menos ganas de

hacerse *selfies*, y el marketing se encargó del resto. Instagram cambió y acabó convirtiéndose en una empresa de cosméticos con una línea de bases inspirada en los distintos filtros de antaño. ¿Quién necesita *selfies* cuando puedes parecer un *selfie* en todo momento? Fue todo un éxito.

Los intereses de las personas cambiaron. La gente olvidó por qué se habían enfadado tanto cuando prohibieron los *selfies*, por qué en su momento les había parecido algo tan importante. Todo el mundo pasó página.

Todos menos Kim Kardashian.

Kim se negaba a caer sin luchar.

Kim, autoproclamada adalid de la libertad, era una criminal. Vivía a la fuga. Había dejado toda su vida, absolutamente todo, y había desaparecido. Nadie sabía cómo vivía, cómo sobrevivía. Sólo se sabía que de vez en cuando aparecía de nuevo en las redes, publicaba un *selfie*, sobrecogía a todo el mundo, y luego volvía a desaparecer.

El gobierno tenía sus mejores rastreadores intentando averiguar dónde estaba, cómo dar con su paradero, pero nunca lo conseguían. Emplearon un *software* que utilizaban para detectar y borrar *selfies* en línea. Esto había sido de gran ayuda para disuadir a la gente de que se hicieran y publicaran tales imágenes. Pero Kim era demasiado buena para ellos, demasiado lista, y siempre iba un paso por delante.

Cerraron todas sus cuentas, todos los puntos de acceso de los que eran conscientes. Pero, de repente, surgió una nueva cuenta con una sola foto en ella. Sus seguidores la encontraban y se volvía viral. Todo el mundo compartía el nuevo *selfie* ilegal de la criminal, de la gran maestra del formato, la pasada y futura reina.

Los miembros del cuerpo estaban furiosos. Esto no podía acabar bien para Kim. Terminarían cazándola. La situación no podía durar para siempre. Con cada *selfie* que publicaba estaban un paso más cerca de atraparla. Fantaseaban con el momento de arrebatarse el teléfono de las manos y estamparlo mientras ella lloraba delante de ellos.

Pero lo único que habían conseguido hasta ahora con sus esfuerzos eran más *selfies*. El semblante tranquilo y beatífico de Kim; su rostro contorneado, iluminado y sonriente. Desconocían la razón de tal sonrisa.

El día que conoces a Kim te encuentras tremendamente mal y absolutamente desesperanzada con la vida.

Tu turno en Best Buy casi ha terminado, y el encargado no para de hostigarte. Ha recibido la queja de un cliente que dice que no te has mostrado servicial con él, y que no sonreíste lo suficiente mientras lo atendías.

¿Qué es *sonreír lo suficiente*? Además, que tú recuerdes, no sonreíste en absoluto. ¿Por qué ibas a hacerlo? El cliente era un auténtico capullo. Te preguntó por unos altavoces Bluetooth, y tú le indicaste con amabilidad y exactitud dónde podía encontrarlos. Incluso le sugeriste cuáles podrían gustarle más. Cumpliste tu parte del protocolo que exigía la situación.

Pero después el cliente intentó flirtear contigo y empezó a preguntarte cosas tipo cuánto tiempo llevabas trabajando ahí, y cómo es que sabías tanto de música. Te preguntó qué te gustaba hacer en tu tiempo libre. ¡No era asunto suyo! Y, que tú supieras, no tienes obligación al-

guna de responder a los flirteos indeseados de los clientes. Best Buy es una cadena nacional de productos electrónicos, no un burdel.

Entonces, el cliente vio que no estabas superreceptiva a sus insinuaciones y a sus tácticas, y empezó a rebatir tu opinión sobre los altavoces Bluetooth, menospreciando la información que tú le habías proporcionado y explicándote las miles de razones por las que creía que te equivocabas. ¡Sobre unos altavoces! ¡El artículo por el que te había pedido ayuda!

Vale, tío, lo que tú digas. Él te había hecho una pregunta, y tú le diste una buena respuesta; si quería discutir al respecto, era su problema, no el tuyo. Tú sabes más de electrónica de lo que sabrá él en toda su vida. Pero como estabas obligada a quedarte ahí mientras él te reprendía, pusiste sólo ligerísimamente los ojos en blanco, y el tipo se fue directo a hablar con el encargado.

De modo que ahora estás recibiendo otro discurso por parte del encargado acerca de la atención al cliente. Podrías intentar explicarle la situación, pero ¿adónde te llevaría eso? Necesitas este trabajo. Apenas tienes dotes de marketing. En su día tenías una carrera por delante. Más o menos. ¿Ser *youtuber* puede considerarse una carrera? Te encantaba hacer vídeos de YouTube sobre electrónica. Evaluaciones sobre productos y enseñarle a la gente cómo funcionaban. Mostrarles cómo *hackear* aplicaciones y *software* para conseguir que hicieran cosas que las empresas no tenían intención de que hicieran.

Pero al final decidiste dejarlo. «Estrella menor de YouTube» no es exactamente algo que impresione a la gente en un currículum. Y así fue como acabaste consiguiendo

este trabajo de mierda en Best Buy, en el que eres, con toda probabilidad, la persona que más sabe y más sobrecualificada del personal..., a pesar de que tu jefe y los clientes te traten todo el tiempo como si fueras idiota. Te encanta la electrónica, y éste te parecía un lugar apropiado y seguro en el que hacer algo vagamente relacionado con tus intereses. Al menos hasta que se te ocurriese otra cosa.

Pero nunca se te ocurrió otra cosa. Y trabajar aquí implicaba llevar este horrible uniforme que consta de unos pantalones negros y un polo de algodón y poliéster que te queda grande y que te hace sentir lo menos atractiva posible. Aunque, al parecer, no lo suficiente como para ahuyentar a ciertos pervertidos. Así que, tal vez aún haya esperanza. ¿Quién sabe?

Mientras el encargado continúa con su diatriba, ves con el rabillo del ojo que hay un cliente pululando cerca. Parece que es una mujer. Está examinando ociosamente las cámaras, que están encerradas detrás de un cristal. Va vestida toda de negro, con un abrigo largo hasta el suelo con capucha y unas gafas de sol enormes que le cubren casi toda la cara. Está ahí plantada, y se para delante de las cámaras de tal modo que te hace pensar que en realidad no está buscando nada, sino escuchando con disimulo vuestra conversación. Ja, ja, «conversación». Escuchando con disimulo el largo rapapolvo unilateral que estás recibiendo.

Oyes que salen palabras de tu boca que no tienen relación alguna con lo que sucede en tu mente.

—Sí, desde luego, la atención al cliente es fundamental —dices con el piloto automático.

Lo que sea con tal de acabar con esto para poder volver a colocar cables en las estanterías o cualquier otra cosa, algo que haga que parezca que estás tan atareada que los clientes se vean menos inclinados a dirigirse a ti.

Ésta es la enésima vez que oyes las palabras «satisfacción del cliente» durante este momentito instructivo, y está empezando a sonar insidiosamente sexual. Pero es sólo en tu mente, ¿no? Oír una expresión tantas veces hace que al final pierda todo significado.

El encargado sigue hablando y repitiendo lo mismo una y otra vez, y te preguntas qué podrías hacer para acabar con este sermón de una vez por todas cuando, de repente, la mujer de negro se acerca y lo interrumpe. Y lo hace literalmente justo entre las palabras «atención» y «cliente».

—Disculpe, ¿es usted el encargado? —pregunta con voz ronca y grave.

—Sí, soy yo —responde él, sorprendido por la interrupción.

—Quería consultarle su opinión sobre estas cámaras —añade.

El encargado la mira con curiosidad.

—¿Quiere comprar una cámara?

—No, no —asegura, riéndose y colocándose la mano en el pecho en un gesto muy sugerente—. No es para mí, es para mi marido.

—Ah, claro, la ayudaré encantado —responde, y te busca con la mirada, pero tú ya te has marchado, dejando esa conversación atrás gracias a la distracción momentánea de la esposa coqueta.

Además, se supone que tú no sabes mucho sobre cá-

maras de todos modos, así que te vas como si estuvieras ansiosa por volver al trabajo.

Agradeces mentalmente a la mujer el momento de paz y la salida que te ha brindado. Pasas el resto del turno lo más alejada posible de los clientes que pueden suponer una amenaza y del encargado mientras actúas como si estuvieras trabajando.

Más tarde, el último cliente rezongón sale por fin de la tienda, los miembros de tu equipo se largan y la tienda se cierra, y te quedas sola en el almacén realizando trabajos de inventario que te ha pedido el encargado.

Te apresuras a colocarlo todo en su sitio y entonces oyes una voz procedente de algún lugar más allá de los estantes de las impresoras. Observas las filas y filas de altos soportes de metal, todos repletos de productos electrónicos dispuestos de manera caótica en distintas cajas y expositores. Miras hacia el lugar en el que el almacén desaparece entre las sombras.

—Mmm, ¡hola!... —gritas.

No debería haber nadie aquí. «Es probable que te lo estés imaginando todo», piensas, y vuelves a ordenar las cajas y las tarjetas SD.

Entonces oyes otro ruido. Una caja que se desliza por un estante. ¿Y eso es alguien canturreando?

Vale, definitivamente no te lo estás imaginando.

Empiezas a caminar, y te diriges en silencio hacia la parte trasera con tus zapatillas negras de uniforme. Te preguntas por qué te importa tanto que haya alguien más en la tienda contigo. La verdad es que lo que deberías ha-

cer es correr en la dirección opuesta; la empresa no te paga lo suficiente como para que arriesgues tu vida por unos cuantos aparatos. Pero, después de la interacción con el encargado..., uf. Una cosa más y seguro que te despiden, y entonces tendrás que decírselo a tu novio, y él te mirará de forma lastimosa porque sabes que piensa que es una estupidez que trabajes en Best Buy. ¡Y puede que así sea! Pero también sospechas que él se imagina una vida en la que los dos estáis casados y tú no tienes que trabajar, sino que te pasas el día en casa cuidando de sus hijos. ¿Y si el hecho de que te despidan fuese el gatillo que disparase la bala del resto de tu vida hacia ti? No estás segura de si quieres o no ese tipo de vida, y conservar este trabajo es un modo de tener más tiempo para meditarlo. Aunque no es que pienses mucho en ello. Activamente no lo haces.

Pero ser asesinada en el almacén de Best Buy en los próximos cinco minutos evitaría que tuvieras que tomar esa decisión. De hecho, resolvería todos tus problemas. No tendrías que trabajar aquí nunca más. No tendrías que preguntarte si los sentimientos que crees poseer hacia tu novio son reales o no. No tendrías que sentir que estás loca por querer cosas que no puedes ni nombrar.

Llegas a la parte trasera del almacén y está del todo vacía y en absoluto silencio. Genial, otra señal de que estás completamente loca. Y puede que tu novio tenga razón; tal vez recurrir a la medicación sea una buena idea. Es hora de salir de aquí. Hora de irte a casa y meterte en la cama con tu novio, que es probable que ya esté dormido y roncando, y de quedarte ahí tumbada, incapaz de conciliar el sueño, para después pasar al sofá y poner ese programa de televisión que siempre ves sobre un hombre

que tiene dificultades, pero eso hace que aprenda algo sobre el mundo y también sobre sí mismo.

De modo que te vuelves para marcharte y, ahí, en las sombras que tienes ante ti, te encuentras con una figura oscura y encapuchada.

Chillas del susto, y la figura alarga los brazos a modo de disculpa y dice:

—¡Lo siento! ¡No pretendía asustarte! ¡En serio!

—¡Pues lo has hecho! —dices mientras intentas recobrar el aliento.

La figura camina hacia la luz y la reconoces como la mujer de antes, la de la tienda.

—Pero ¡qué cojones! —exclamas—. ¿Qué hace usted aquí? No debería estar en este lugar.

—Chist, se supone que no debería estar en ninguna parte —responde la mujer—. Necesito hablar contigo, pero tenemos que darnos prisa. Disponemos de tres minutos antes de que los de seguridad del centro comercial barran esta zona.

Se retira la capucha y revela el moño más liso y más brillante que has visto en toda tu vida. Después, se quita las gafas y te mira, sonriendo. Es Kim Kardashian. Kim Kardashian está delante de ti, resplandeciente y perfecta, en este polvoriento y desordenado almacén del Best Buy.

Estás segura de que estás a punto de desmayarte cuando ella empieza a caminar hacia ti.

—Soy Kim —dice—. Y necesito tu ayuda.

Bien, si alguna vez te habías preguntado qué harías si Kim Kardashian te sorprendiese en el trabajo y dijese que ne-

cesitaba tu ayuda, la respuesta es que simplemente te entraría el pánico, te quedarías helada y no te moverías ni dirías nada porque no te puedes creer que eso te esté pasando a ti ni que sea real.

No eres más que una persona normal y corriente. Tu vida es aburrida y poco interesante. Eres irrelevante para todo. Eres una decepción para todos los que has conocido, incluida tú misma. No importas. Pero, entonces, Kim Kardashian te mira con unos ojos mezcla de canela con diamantes, y no se te ocurre ninguna respuesta.

—Esto..., ¿te encuentras bien? —pregunta.

Parpadeas mientras vuelves en ti e intentas obligarte a reaccionar. Ante ti se encuentra la criminal más buscada del país. ¿Deberías tener miedo? Tienes la sensación de que deberías estar asustada, pero no lo estás. Estás emocionada.

—¡Sí! ¡Estoy bien! Es que me has cogido por sorpresa. No esperaba encontrarme contigo aquí.

Que es, oficialmente, la estupidez más grande que podrías decir, porque ES OBVIO QUE NO ESPERABAS TOPARTE CON KIM KARDASHIAN EN EL ALMACÉN DE TU TRABAJO, EN EL BEST BUY DEL CENTRO COMERCIAL. Tu mente y tu boca te ruegan: «Por favor, cállate, nos estás avergonzando».

Pero Kim asiente de manera comprensiva. Es tan amable, tan paciente...

—Ha sido un día muy largo, ¿eh? ¿Es siempre así tu jefe?

Asientes.

—Más o menos, sí. Por cierto, gracias por distraerlo.

—¡Me estaba poniendo enferma el modo en que te

estaba hablando! Estaba a punto de golpearlo en la cabeza con el bolso, en plan «No seas tan capullo», ¿sabes?

—Te lo agradezco. Aún seguiría gritándome si no hubieses intervenido.

—Si te soy sincera, no lo he hecho por un motivo del todo altruista —confiesa Kim—. He venido a buscar algunas cosas que necesito para mis teléfonos, pero entonces te he reconocido.

Debes de haber oído mal.

—¿Cómo que me has reconocido?

Kim asiente.

—Tenías un canal de YouTube, ¿no?

Parpadeas.

—Hace mucho tiempo —dices—. Me sorprende que alguien se acuerde.

—¡Eras genial! —exclama Kim con entusiasmo—. Sabes muchísimo de electrónica y de cómo *hackear* cosas... y de... ¿descifrar archivos?

La miras con suspicacia.

—No recuerdo haber hecho ningún vídeo sobre descifrado.

—Pero podrías haberlo hecho si hubieses querido, ¿no?

Te encoges de hombros.

—Puede, no lo sé.

Kim ladea la cabeza y su mirada, fija en ti, se vuelve ligeramente más intensa.

—¿En serio no lo sabes? ¿O sólo lo dices porque así es como el patriarcado quiere que te sientas sobre tus habilidades?

—¿Cómo? ¿Qué tiene que ver el patriarcado con esto?

Kim exhala y sacude la cabeza.

—Oye, siento tener tanta prisa, pero de verdad que necesito tu ayuda. En este dispositivo hay un archivo cifrado. Alguien publicó un enlace a él en un comentario debajo de mi último *selfie*, y debo asegurarme de que contiene la información que creo que contiene. ¿Hay alguna posibilidad de que le eches un vistazo para ver qué encuentras?

Alarga la mano, y, como por acto reflejo, coges lo que te está ofreciendo. Es un viejo móvil de prepago que parece haber sobrevivido a una guerra. Está todo rayado y pegado con celo por todas partes.

Kim ve que estás inspeccionando el teléfono y sacude la cabeza con tristeza.

—El gobierno me pone muy difícil publicar *selfies* sin revelar mi ubicación mediante geotiquetas. Bueno, ponen muy difícil hacerse *selfies* en general, je, je. Tengo un montón de teléfonos viejos que modificamos, pero es difícil mantenerlos en funcionamiento.

—¿«Modificamos»?

Kim se encoge de hombros.

—Yo y mis... amigos.

—¿Has modificado esto tú misma?

—Seguro que tú lo harías mejor. He tenido que aprender. He tenido que desarrollar mi creatividad. Siempre se me ha dado bien adaptarme. Jamás había imaginado que se me darían bien las redes sociales hasta que tuve una marca que proteger, una marca a la que un hombre puso en riesgo. A veces, cosas ajenas a tu control te obligan a descubrir de qué eres capaz.

Lo expone de manera muy sencilla, pero detectas un

profundo dolor bajo sus palabras. Llegó a ser tan famosa en su día... Tan omnipresente... Y ahora toda su existencia es ilegal. Antes daba la sensación de que toda la vida giraba en torno a la Kardashian, en todo momento. Pero ahora todo ha cambiado. Sin Kim y sin su constante acceso a las redes sociales, todo ha cambiado, todo se ha desmoronado. Nada tiene interés ya.

Pero aquí, en persona, puedes ver los efectos del estrés de su vida, una vida que ha pasado de los constantes destellos de los flashes de las cámaras a la oscuridad de las sombras. Quién sabe lo que debe de ser esto para ella, tan acostumbrada a estar en lo más alto, a tener todo lo que siempre había deseado, a hacer cualquier cosa e ir a donde quisiera. Y ahora vive a la fuga. Siempre escondiéndose. Has leído noticias sobre redadas en lugares en los que creían que podía estar según comentarios anónimos, pero cuando los agentes del cuerpo llegaban, ella ya se había marchado hacía horas. ¿Qué sentiría? Quieres preguntárselo. Quieres saber más.

—Tengo que irme —dice Kim con tono de disculpa—. Me alegro muchísimo de conocerte, y siento haberte sorprendido así. Pero de verdad que necesito tu ayuda. ¿Qué me dices? ¿Puedo confiar en ti?

«¡NO! —te grita tu cerebro—. Tu novio te va a matar.»

—Sí —dice tu boca.

Kim sonrío, y sientes que una pequeña llama se enciende en tu interior, y, de repente, tienes la sensación de que estás a punto de echarte a llorar, y no tienes ni idea de por qué. Se vuelve para marcharse, y entonces se detiene.

—Lamento que lo estés pasando tan mal en el trabajo —dice—. No pierdas la esperanza, ¿vale? No es nada fácil

creer en una misma, y ellos nos lo hacen más difícil todavía todo el tiempo. Pero merece la pena. Te lo prometo.

No estás muy segura de a qué se refiere, y estás a punto de decírselo cuando, de repente, oyes un ruido detrás de ti. Es el guardia de seguridad, que te apunta directamente a la cara con la linterna. Levantas la mano para taparte los ojos.

Te das la vuelta. Kim se ha ido. Donde había estado hace tan sólo un momento no hay más que sombras.

—¿Sigues aquí? —pregunta el guardia caminando hacia ti.

—Sí, estoy realizando el inventario para mi jefe. ¡Ya sabes cómo son estas cosas! —dices, quizá con demasiada jovialidad.

—¿Estás sola? —inquire oteando la oscuridad detrás de ti—. Me ha parecido oír voces.

—Mmm, sí, era yo. Estaba hablando sola para entretenerme, porque estaba aburrida.

Se te da fatal mentir a las figuras de autoridad. ¿Es un guardia una figura de autoridad? Es un hombre. Un hombre mayor. No tiene pinta de proporcionar mucha seguridad a nada. Lleva una linterna y una especie de uniforme de aspecto oficial, pero no es más que un traje, y no es más que un trabajo. Seguro que corres más que él. Pero, a pesar de eso, te cuesta mentirle a alguien así.

—De todas formas, acabo de terminar y me voy a casa ya —continúas.

—Sola y aburrida, ¿eh? —Te mira con recelo y asiente para sí.

O tal vez sólo esté mirando fijamente. Entonces, se da la vuelta y se aleja.

Hace un momento estabas hablando de forma tranquila y racional con la villana más peligrosa del país, la fugitiva más buscada por el gobierno. Y ha estado bien. Ha sido incluso divertido. Y entonces este viejo guardia decrepito te hace una pregunta y te quedas helada.

¿Qué narices te pasa?

Te despiertas, presa del pánico, buscando el aire y agitándote de un modo salvaje entre las sábanas. Pronto te das cuenta de que nadie trata de matarte, nadie va a por ti, no pasa nada, todo está bien, e intentas relajar la respiración y serenar los frenéticos latidos de tu corazón. Esto te pasa cada vez con más frecuencia últimamente. Te despiertas sintiendo que alguien te está atacando, y no tienes ni la menor idea de por qué.

Es como si hubiese una falta de comunicación entre dos partes de ti misma. Una vaga sensación de que tu corazón sabe que algo no va bien, pero tu mente no logra recordar el qué. Sin embargo, te encuentras bien. Estás en tu cuarto. Sola. Es por la mañana. No te acuerdas de si tu novio estaba aquí cuando te quedaste dormida anoche, agotada; aunque, desde luego, ahora no está.

Tu corazón sigue latiendo a gran velocidad. ¿Qué estabas soñando? Fuera lo que fuese, era aterrador. Lo único que recuerdas es que estaba relacionado con tu encuentro con Kim Kardashian.

Un momento.

Tu mochila está en el suelo, junto a la cama. Te inclinas, tiras de ella y la colocas sobre tu regazo. Si no hay ningún dispositivo electrónico ilegal en él, es que lo has

soñado todo. Rebuscas en la mochila y encuentras un teléfono que, en definitiva, no te pertenece. Te dejas caer de nuevo sobre las almohadas, y los detalles de la noche anterior se reproducen en tu memoria.

Kim Kardashian te había reconocido. Te había pedido ayuda a ti de forma específica. Lo cual era una locura, porque, por mucho que disfrutases con tu canal de YouTube, en el fondo era un largo ejercicio para trabajar tu autodesprecio. Disfrutabas mucho hablando sobre electrónica, *software*, la *dark web* y cosas así. Era muy divertido aprender acerca de esos temas y encontrar el modo de explicarlo a tus seguidores. Al principio se te hacía raro, lo de grabarte, verte, escuchar tu voz. Pero después te centrabas tanto en la edición de cada vídeo, los tiempos de publicación y los mensajes que tratabas de transmitir, que el aspecto físico del proceso, la ansiedad sobre si parecías tonta o fea o lo que fuera, perdía toda importancia. Porque, además, lo hacías para ti. Y era un proyecto divertido.

Bueno, divertido de manera general. Como eras una mujer hablando sobre electrónica en internet, nunca faltaba el incesante torrente de comentarios por parte de hombres #corrigiéndote en plan «en realidad...». La gente te detestaba continuamente y de todas las maneras posibles. Escribían que, además de no tener ni idea de lo que decías, eras fea y que no merecía la pena ver tus vídeos. Te costaba superar eso. Lo intentabas, pero con el tiempo empezaste a dudar de ti misma. Hasta que, un día, la presión fue demasiado grande. Ya no podías más, así que lo dejaste. Transferiste las escasas habilidades que tenías a tu trabajo en Best Buy. No era tan creativo como YouTu-

be, pero al menos ya no tendrías que leer esos mensajes llenos de odio. Aunque, en cierto modo, la cosa no había cambiado mucho. La gente seguía dando por hecho que no tenías ni idea de nada. Tu jefe te interrumpía y te hacía de menos delante de los clientes. Los clientes te #corre-gían a tiempo real, bien porque eras una mujer o bien porque habían leído un artículo sobre un tema y de repente se habían convertido en expertos de lo que fuera que te estaban preguntando.

Le das la vuelta al teléfono y lo examinas para ver qué es exactamente lo que Kim ha hecho con él. Es una chapuza, con piezas que no encajan y pegamento por todas partes, pero el resultado es efectivo. Lo había desmontado y había sustituido piezas interiores con las de otros teléfonos, había hecho un agujero en la carcasa delantera y lo había montado y pegado todo. Pero te preguntas cómo había conseguido instalar una segunda cámara ahí. Imaginas que había hecho un hueco eliminando otra cosa. A lo mejor había usado una batería más pequeña. Pero después, al examinar el dorso con más detenimiento, ves lo que Kim había hecho. Había quitado la cámara trasera, le había dado la vuelta y la había colocado delante. Era algo la mar de ingenioso.

Por un lado, eso significaba que no había tenido que renunciar a nada en lo que a la duración de la batería se refiere. Y también era mucho más fácil personalizarlo de ese modo, usando básicamente las mismas piezas del teléfono pero cambiándolas un poco de sitio. El resultado era una cámara tremendamente magnífica para hacerse *selfies*. Ahora, el destino exclusivo de esta cámara principal con una lente de alta resolución sería hacer *selfies*. De

forma exclusiva. Este teléfono ni siquiera podría utilizarse como una cámara normal. De modo que, no sólo era ilegal, sino que también gritaba «¡Que te jodan!» al gobierno. «¡No sólo voy a hacerme *selfies*, sino que SÓLO voy a hacerme *selfies*!»

Te sientas y lo observas, maravillada. No es nada fácil hacer lo que ha hecho, y debió de invertir mucho tiempo en ello. Modificar teléfonos así es un trabajo peligroso y complicado. La propia Kim sólo se arriesga a publicar *selfies* muy de vez en cuando. Te pones a contar y recuerdas sólo cuatro o tal vez cinco en total este año. Casi nada. Y más si lo comparamos con la cantidad que publicaba antes. Pero ha invertido mucho tiempo y energía en crear este teléfono para *selfies*. Te preguntas cuántos más se está haciendo, en proporción con los pocos que está publicando. Te los imaginas todos alineados electrónicamente en algún servidor, como un ejército aguardando órdenes, listo para atacar, preparado para la batalla que puede estallar de un momento a otro.

La imagen es tan absurda que casi te ríes en voz alta. Metes la mano en la mochila y sacas el portátil. Te detienes un instante para plantearte si deberías hacer esto. Kim Kardashian es una criminal. Una criminal a la que tu novio está intentando capturar. Te mataría si supiera que has estado en contacto con ella, por no hablar de lo que haría si supiera que estabas ayudándola.

Pero ¿vas a ayudarla? Aún no. Seguramente no lo hagas. Sólo tienes curiosidad por ver lo que contiene el archivo. Supones que no deberías hacer nada con él de todos modos. Esto es más un reto para ti que otra cosa. A lo mejor encuentras información que pueda ayudar a tu

novio, y él se sentiría muy orgulloso de ti. ¿Serías capaz de hacer algo así? En realidad, sabes que no, pero eso es lo que te dices a ti misma mientras te colocas el pelo detrás de la oreja, conectas el móvil al portátil y empiezas a teclear y a buscar en el sistema de archivos ese documento en cuestión.

Examinas el teléfono y encuentras una carpeta con un montón de fotos. Son *selfies* de Kim. Te sientes rara al observarlas. En primer lugar, porque no deberían existir, y, en segundo lugar, porque tienes la sensación de estar invadiendo su intimidad al curiosear todos los *selfies* que se ha hecho con el fin de dar con la imagen perfecta que publicar. Está fantástica en todas; ¿cómo puede elegir sólo una? Las vas pasando, buscando variaciones. La cabeza ligeramente ladeada, la boca abierta, la boca cerrada, la lengua fuera, la mirada más cálida o más intensa. Una infinidad de opciones que generan un montón de pequeños detalles distintos. ¿Qué importancia tiene todo esto? Es absurdo. Es una pérdida de tiempo absoluta. ¿Cómo puede alguien soportar mirarse a sí misma tanto tiempo? A lo mejor si eres tan guapa como Kim Kardashian es diferente. Tú estás a salvo de hacer algo así.

Al final encuentras el archivo en cuestión. Parece un archivo de imagen, pero se niega a cargarse. Lo abres con un editor de texto y no ves más que una cadena de letras y números que se ocultan tras un archivo de imagen. Podría tratarse de una infinidad de cosas.

Empiezas a investigar métodos de cifrado, a descargar distintos programas de heurística que puedan ayudar. El mundo desaparece para ti; sólo estáis tú y este rompecabezas. Intentas distintos métodos, distintas ideas. No pa-

ras de pensar que ya estás cerca, sólo para volver a frustrarte una y otra vez. Tu corazón late a toda velocidad. Estás disfrutando. Éstas son las cosas que te encantaban, la creatividad de la tecnología. El proceso artístico de aprender algo y de solucionar un problema.

Te quedas en la cama durante horas, encorvada sobre tu portátil. Te olvidas de ducharte, de comer, de cualquier otra cosa que hubieras pensado hacer hoy. Y, entonces, por fin, de repente, lo resuelves. Un giro equivocado para intentar invertir un método de cifrado revela una pista parcial en el texto, y lo usas como hilo del que tirar, de forma lenta y cuidadosa, hasta que todo se desenmaraña y queda revelado. Es una ubicación, coordenadas geográficas y una hora específica. No tienes ni idea de qué significa esa información ni por qué es tan importante, pero con toda seguridad Kim sí lo sabrá.

Te incorporas, tremendamente satisfecha contigo misma. Posees información que Kim Kardashian necesita. Te ha pedido ayuda, y has conseguido ayudarla. Vale, si alguien lo descubre, irás a la cárcel, pero, aun así, ha sido un día genial. Tendrás que meditar un poco sobre qué vas a hacer ahora que cuentas con esta información. Aunque, si eres sincera, como has iniciado este camino, quieres saber adónde lleva. Pero ¿de verdad lo harías? ¿Traicionarías así a tu novio, al gobierno, al país?

Miras la hora, ves lo tarde que es y decides dejar ese debate mental para más tarde. Eliminas tu trabajo y lo dejas todo en el suelo. Coges una toalla y corres a la ducha. Tu turno en el trabajo empieza dentro de poco. Una buena lección: nunca experimentes la felicidad, porque algo te recordará de inmediato que no seas feliz.